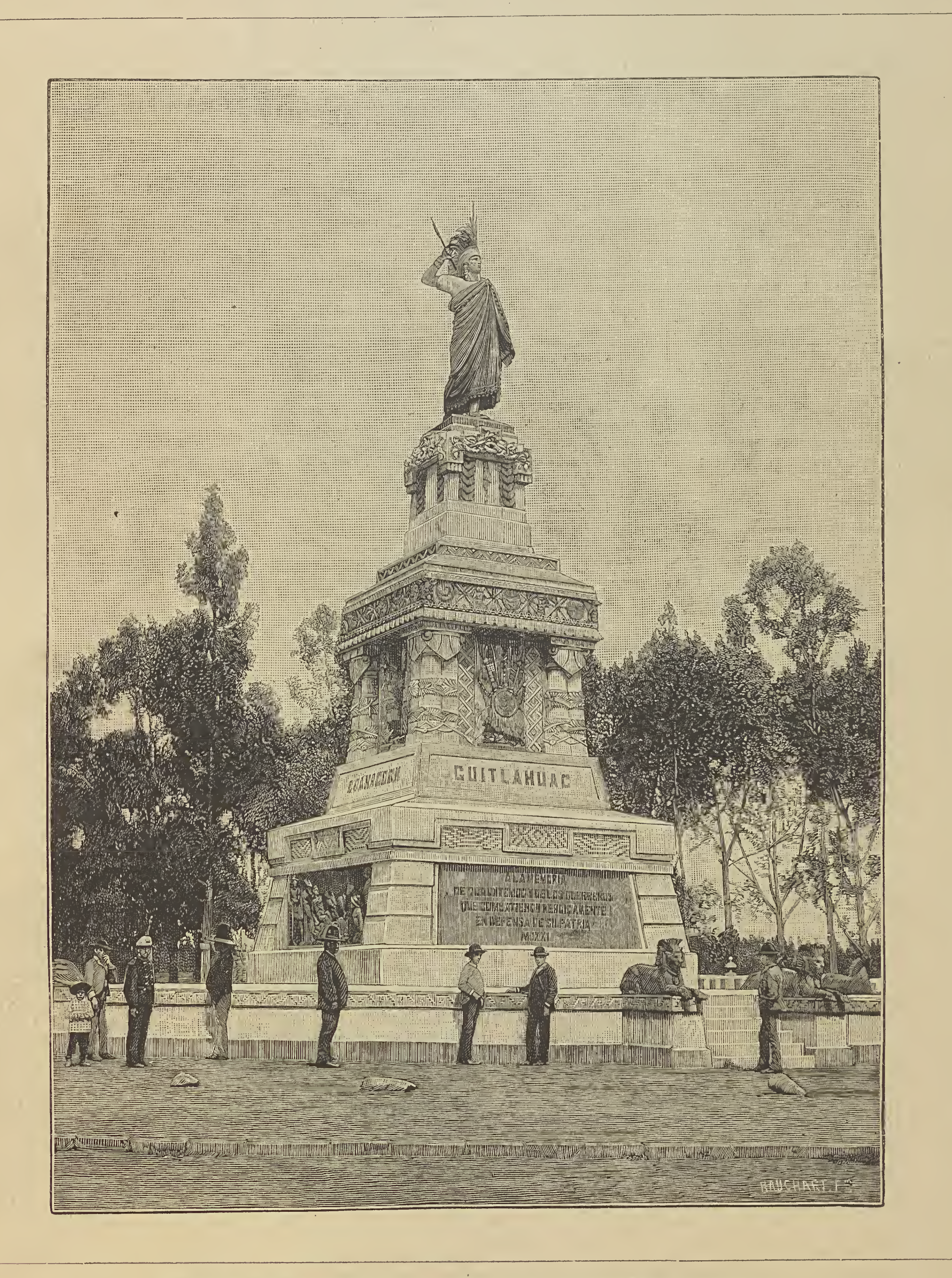
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 26 DE MAYO DE 1890 — NUM. 439

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.



MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE CUAUHTEMOC.-MÉXICO

(De una fotografía)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE CUAUHTEMOC

El nombre de Cuauhtemoc, que significa *Aguila que descendió*, ocupa un lugar tan importante en los fastos de la conquista de México llevada á cabo por los españoles al mando de Hernán Cortés, que traspasaríamos los límites que en esta sección tenemos trazados si quisiéramos relatar, por somero que fuese el bosquejo, lo que significa ese héroe mexicano en la historia de las Indias y las heroicas hazañas que realizó para salvar la independencia de su patria. Baste saber que el emperador Cuauhtemoc, el último y más grande de los Aztecas, fué nombrado rey á los 25 años y demostró desde los primeros momentos de su reinado su valor, su acendrado patriotismo y su indómito carácter dictando enérgicas providencias, encaminadas todas á oponer á los españoles una resistencia formidable, fortificando la ciudad, organizando su ejército y proveyendo á todas las necesidades que demandaban las difíciles circunstancias en que se hallaba su nación. A pesar de todo, la suerte le fué adversa: sitiado por Cortés en la ciudad de México-Tenuchtilán, último baluarte de su imperio que defendió heroicamente, no quiso rendirse ni aun ante la promesa del caudillo español de confirmarle en su autoridad de monarca. Pero el vigoroso asedio de los españoles y los horrores de la peste y del hambre que sobre los sitiados se habían desatado, obligaron á Cuauhtemoc á abandonar la plaza para proseguir la lucha en la calzada del Norte. Apresada la canoa en que se hahía embarcado con su familia y conducido á presencia de Cortés, desenvainó la daga que éste llevaba al cinto y le dijo: «Toma este tu puñal y mátame, pues no he podido morir en defensa de mi pueblo.» Cortés procuró consolarle, elogió su valor y sus esfuerzos en defensa de su patria y ordenó que le llevasen á su esposa y á las personas que en su fuga le acompañaban. Más tarde, puesto en el tormento por los españoles para que revelara dónde tenía escondidos sus tesoros, ni una palabra, ni una queja exhalaron sus labios, y sólo contestó á los lamentos del rey de Tlacopán, que, como él, había sido echado sobre carbones encendidos, con la sublime frase que la historia ha conservado: «¿Y estoy yo, acaso, en un deleite ó baño?» Cortés le perdonó la vida; pero habiendo intentado al cabo de algún tiempo escaparse, le hizo colgar de un árbol en 1525.

Los mexicanos, queriendo honrar la memoria del que supo derramar la última gota de su sangre por defender el imperio que le legara Motezuma, han erigido en el magnífico paseo de la Reforma de la ciudad de México el magnífico monumento que, tomándolo de una fotografía, reproducimos y que en la actualidad constituye una de las más interesantes bellezas de la rica capital mexicana.

LA PRIMAVERA, cuadro de Otón Strutzel

Otón Strutzel es uno de los pintores alemanes que más delicadamente han sabido reproducir los encantos de la naturaleza de su patria. Nacido en Düsseldorf, fijó hace muchos años su residencia en Munich, cuyos alrededores, llenos de atractivos, facilitáronle á granel temas preciosos para sus lindas composiciones.

Bien ha demostrado su inspiración y su talento artístico en su cuadro *La primavera:* la poesía, la dulce calma del campo se reflejan hasta en los más pequeños detalles de la sencilla escena que el autor nos presenta. Aquellos dos niños entretenidos en contemplar las maravillas del libro profusamente ilustrado, aquella pradera en que lucen sus primaverales galas las modestas florecillas silvestres, aquel florido árbol cuyos botones recién abiertos prometen abundante fruto para el estío, aquella luz brillante que inunda la campiña sólo pueden ser tan magistralmente reproducidos por quien como Strutzel ha hecho de la naturaleza la principal fuente de sus inspiraciones y el objetivo primordial de sus estudios.

EL SUEÑO DE LA VIRGEN MARÍA
cuadro de Bramtot, grabado por Baude

(Salón de París de 1890)

¡Cuánta poesía se exhala de este hermoso cuadro! Pintura sobria, austera, sencilla en el colorido, de factura delicada y llena de dulzura, es indudablemente una de las que más llaman la atención en el actual Salón de París. La Virgen se ha sentado á trabajar á la puerta de su casa; reclinado el cuerpo en la pared, el sueño ha cerrado sus párpados y sus manos han dejado caer el huso mientras su espíritu le hace entrever un ángel arrodillado que le presenta el Hijo que de ella ha de nacer y que aparece envuelto en una aureola vaga, ideal, en admirable armonía con la luz del crepúsculo que apenas ilumina la escena y el paisaje.

Mr. Bramtot ha terminado su educación artística en la Academia francesa de Roma: el cuadro que reproducimos es elocuente prueba de lo que este pintor vale y de lo que de él puede esperarse para gloria del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA FIESTA DE LAS FLORES
cuadro de costumbres españolas de principios de este siglo, de L. Alvarez

Existía aún á principios de este siglo en algunas poblaciones del Mediodía de España la costumbre de celebrar de una manera sumamente poética la llegada del mes de mayo. El día 3 de mayo; fecha en que la Iglesia conmemora la Invención de la Santa Cruz, levantábanse en las principales calles improvisados altares cubiertos de sedas y cintas de vistosos matices y adornados con profusión de flores: colocada sobre el altar una hermosa muchacha, cuyas blancas ropas contrastaban con los brillantes colores de los objetos que la rodeaban, hacíase con sus sonrisas y dicharachos rendir homenaje y pagar tributo por cuantos pasaban delante de ella, mientras varias compañeras asediaban al transeunte hasta arrancarle el óbolo para el fondo destinado á la comida campestre que se disponía como término y fin principal de aquella fiesta tan acertadamente bautizada con el nombre de fiesta de las flores.

Alvarez, algunos de cuyos cuadros conocen ya los lectores de La Ilustración Artística, ha tomado pie de este pintoresco asunto para pintar un precioso cuadro de carácter genuinamente español, en el que todo nos transporta á esas hermosas regiones de Andalucía, tan fértiles en naturales productos como fecundas en artísticos temas, que aun no han podido agotar, con ser tantos, los poetas y pintores que han cantado y trazado en el lienzo las maravillas de su suelo, la diafanidad de su aire, el incomparable azul de su firmamento, la gracia y belleza de sus mujeres y la alegría y los encantos de sus costumbres.

Dígase lo que se quiera, los espectáculos como *La fiesta de las flores* son los verdaderos espectáculos nacionales, los que han de despertar el entusiasmo de los extranjeros por nuestra patria, como entusiasmados están ya con nuestros buenos artistas, entre los cuales figura dignamente el autor del cuadro cuya reproducción ofrecemos hoy en nuestro Suplemento Artistico.

EL AGUA DE LA FLORIDA

POR N. HAWTHORNE

(Conclusión)

VIII

Comenzaba el sol á ocultarse en el horizonte, y la cámara donde se hallaba el Dr. Heidegger iba quedando envuelta en sombras; pero del vaso dispuesto en medio de la mesa y que aún tenía bastante agua de la Florida, se desprendía una manera de resplandor parecido al de la luna, que bañaba con su luz dulce y suave los rostros de todos los presentes. Y la fisonomía del doctor, que, sentado gravemente en un sitial de encina, con sus canas y sus arrugas, contemplaba impasible á sus amigos rejuvenecidos, mirándolos de hito en hito, antojábase la cara del Tiempo, cuyos estragos había vencido con el agua de la fuente de la Juventud. Mas cuando se preparaban á beber por tercera vez los convidados las copas de agua, y ya iban á llevarlas á los labios con ademán de brindar por la vida, quedáronse suspensos y aterrados, viendo la expresión misteriosa del doctor que, pálido, inmóvil y silencioso, no apartaba sus ojos de ellos.

Al propio tiempo sintieron que circulaba por sus venas un cierto calor que fué subiendo de punto gradualmente y difundiendo por todo su organismo una temperatura olvidada ya de los cuatro, y que les hizo comprender con sus efectos la verdad del fenómeno verificado en ellos, pues en su virtud no sólo parecían jóvenes, sino que lo eran en realidad. El espumoso licor había demostrado su eficacia, y la vejez y sus naturales consecuencias sólo eran ya para los amigos del doctor como el recuerdo de una pesadilla interrumpida de grato despertar; ¿qué más? hasta el buen juicio y la serena razón, atributos de la edad, habían desaparecido con las arrugas y las canas, de tal modo que, así llenos de vigor y fuerza saludaban el advenimiento de la nueva era de su existencia, como eran incapaces de reprimir y avasallar la muchedumbre de sus desordenados y subversivos pensamientos, y de domar las impetuosas pasiones que se agitaban en sus pechos. Por tal modo, locos de alegría comenzaron á gritar:

– ¡Ya somos jóvenes! ¡Ya somos jóvenes! ¡Viva la juventud!

La escena que se representó entonces en el laboratorio del doctor, fué por demás interesante y singular. Los cuatro resucitados á la juventud se movían en todas direcciones é iban de una parte á otra con la volubilidad propia de los pocos años, riendo á carcajadas cada vez que recordaban las dolencias y achaques de otro tiempo, burlándose de sus largos chalecos y amplios gabanes, y de la cofia y de la saya de la interesante y ya indefinible viuda; y para sacar mejor partido de sus trajes y adornos vetustos, mientras uno remedaba las contorsiones de un cojo viejo, se ponía otro un par de anteojos, y con la gravedad más cómica tomaba el libro de los caracteres indescifrables, y hacía que leía en ellos recetas amorosas y coplas alegres, y el otro se acomodaba gravemente en un ancho sillón de brazos y copiaba la postura del doctor. En una palabra, más que jóvenes, parecían niños revoltosos y alborotadores que hubieran convertido el estudio de su abuelo en teatro de diabluras infantiles.

Entre tanto, la viuda de Wycherley (con perdón sea dicho, y á falta de otro nombre que la dé á conocer á nuestros lectores, porque á la sazón estaba más joven aún que cuando se casó) se apoyó con delicada coquetería en el respaldo de la silla del doctor, y sonriéndole de la manera más agresiva, le dijo:

– Doctor, ¿me negará V. un favor que quiero pedirle? Heidegger se volvió hacia la joven, la cual añadió:

– Pues quiero que me saque V. á bailar.

Fácil es suponer la risa que produjo en los demás muchachos la pretensión de la viuda doncella, y aun más todavía el gesto que hizo el doctor al oirla.

– Hija mía, le contestó el anciano con indulgencia, dispensa; pero esas cosas pasaron para mí. Ahí tienes, prosiguió, señalando á los tres restaurados, tres buenos mozos, y con ellos, ya que no conmigo, podrás bailar cuanto gustes. ¿Qué más querrán ellos? ¿No es verdad? preguntó en voz alta, dirigiéndose al grupo.

– ¡Sí, sí, conmigo! dijo el coronel.

– ¡No, no, conmigo! interrumpió el camaleón político.

– Cuarenta y cinco años hace, añadió el especulador, que me prometió una gavota que no se ha cumplido todavía.

Y queriendo cada cual ser el preferido, y obstinándose la Wycherley en no preferir por aquella vez á ninguno, dió lugar con su coquetería á que todos la pusieran cerco: éste la tomaba una mano, aquél la asía por la cintura, esotro trataba de librarla de ambos, y mientras, ella, encendida y agitada, pugnaba por librarse de los tres, entre risueña y severa, según lo requería el caso. No es posible imaginar un cuadro cuyas figuras formen combinación más artística que la de aquel grupo de muchachos disputándose la conquista de una joven que se ofrecía sin darse como premio al vencedor; y, ¡cosa extraña! al reflejar la polvorienta luna del espejo los cuatro personajes, cual si se burlara de ellos, representaba las imágenes de cuatro viejos, porfiando por una vieja; y como ésta y aquéllos tenían movimientos de gente moza, la escena resultaba más ridícula y absurda todavía.

Pero, fuera del espejo eran jóvenes de todo en todo, agitados de impetuosas pasiones, y estimulados, además, de la encantadora coquetería de la improvisada doncella, que atizaba el fuego en que se abrasaban sus adoradores, fingiendo dejarse alcanzar de los tres sin rendirse á ninguno. Así fué, que presto sintieron el aguijón de los celos, y comenzando por mirarse con enojo, acabaron por insultarse unos á otros. Bien será decir que la primera injuria partió de labios del coronel. A las palabras siguieron las demostraciones agresivas, y á éstas la batalla, repartiéndose los contendientes grandes puñadas y puntapies y marcando por suyos cada cual varios muebles, para enviarlos á guisa de proyectiles á las cabezas de sus contrarios. Pero, cuando faltaba muy poco para que la vivienda del doctor se convirtiera en campo de Agramante, se suspendió la lucha como por encanto, y quedaron inmóviles los agresores.

IX

Sucedió, pues, que en lo más reñido de la batalla tropezaron y dieron en tierra con la mesa, quebrándose al caer el vaso de cristal donde había puesto el doctor el agua prodigiosa de la Florida, verificándose un fenómeno entonces, que pasó inadvertido para los causantes del desastre, por efecto de la sorpresa que les causó.

Es el caso que una mariposa de anchas y pintadas alas que, atraída del calor del sol, había salido á volar por el jardín, como después de ir peregrina de flor en flor entrase por una de las ventanas del laboratorio y cayese al suelo presa de súbito letargo en ocasión precisamente que rodaba la mesa y se rompía el vaso de agua de la Florida, le salpicaron algunas gotas, y sin más tardanza volvió en sí, cobró nuevo vigor y se lanzó al espacio, acabando, después de muchas vueltas y revueltas aéreas, por posarse en la tersa y limpia calva del doctor, que permanecía inmóvil.

– Calma, señores; siéntese V., señora; sosiéguense todos, había dicho el doctor cuando vió rodar y romperse la vasija. Esto es un escándalo, y no consiento que se haga tanto ruido en mi casa.

X

La voz tranquila y el aspecto reposado del anciano, volvieron en su acuerdo los turbados ánimos de los contendientes, mientras él levantaba con religioso respeto de entre los tiestos la rosa que le dió Silvia la víspera de su casamiento. Entonces les pareció haber oído la voz del Tiempo que les reprendía por su falta de formalidad y su sobra de locura, y volvieron á sentarse alrededor de la mesa entre confusos y abatidos, y cual si estuvieran preocupados de algún triste é indefinible presentimiento.

– Ese vaso que han roto Vds. con sus locuras, les dijo el doctor, tomando asiento también, contenía líquido suficiente para rejuvenecer á todos los viejos de una ciudad populosa, y tal ha sido la catástrofe, que ya no queda ni una gota siquiera para reanimar la rosa de mi pobre Silvia, que va secándose por momentos al contacto de mi mano.

En efecto, la rosa fué palideciendo, marchitando y secándose rápidamente hasta volver á quedar en el mismo ser que tenía cuando el doctor la sacó de entre los folios del libro negro.

– Después de todo, así me gusta más, prosiguió bajando la voz y besándola con tristeza; que la flor marchita parece mejor en el anciano que no la fresca. Tú eres testigo, Silvia mía, exclamó dirigiéndose al retrato de su prometida, que no he intentado siquiera retardar un instante la hora de nuestra cita.

Y al concluir estas palabras, la mariposa, que se había posado en su cabeza, batió las alas como agitada de una convulsión, y cayó al suelo sin vida.

XI

Entonces los cuatro convidados sintieron indecible malestar y rara sensación en todo su ser, pareciéndoles que un frío glacial entumecía sus miembros y paralizaba su sangre en las venas; que caía sobre sus hombros un manto de plomo, y que invadía su cerebro algo que lo entorpecía...

Pocos minutos después, la mesa del doctor Heidegger estaba rodeada de tres viejos y una vieja.

La de Wycherley, que había vuelto á ser viuda, cediendo á un impulso de coquetería, último instinto que pierde la mujer, cubrió con su cofia la calva cabeza; que las aguas de la Florida sólo tenían virtud momentánea, y de la pasajera embriaguez que produjeron en quien las bebió, quedó sólo triste recuerdo, el más triste acaso de todos: los pedazos del vaso roto, esparcidos por el suelo y que daban testimonio de la realidad de las cosas, probándoles que no habían sido víctimas de ilusiones forjadas de la fantasía.

– ¡Cuán pronto hemos vuelto á ser viejos! exclamaron con voz dolorida.

– ¡Sí, por cierto! La naturaleza y el tiempo han reanudado el hilo de su discurso. Por lo que á mí toca no lo siento; pues, aun cuando la fuente de la Juventud estu-



LA PRIMAVERA, cuadro de Otón Strutzel

viera en el jardín de mi casa y oyese yo correr sus aguas al pie de mi ventana, no bebería nunca de ellas, siquiera me hiciesen eternamente joven. Esta resolución es el fruto del ensayo que acabo de hacer con Vds.

XII

Dijo, y los cuatro viejos se levantaron lentamente y en silencio, y sin añadir más palabras se despidieron del huésped. Pero, después que hubo pasado algún tiempo, supe que los cuatro habían emprendido una peregrinación á la Florida, en busca de la fuente de la Juventud.

TRADUCIDO POR M. JUDERIAS BENDER

EL ANILLO DE SESOSTRIS

(CUENTO ENTRE ARÁBIGO Y EGIPCIO)

«El gran príncipe Ramsés IV, nieto del gran rey Sesostris (1), ocupó el trono de Egipto, el año 1214 antes de la venida de Jesucristo.

»El reino estaba amenazado en todas sus fronteras.

»Una inmensa conjuración de príncipes asiáticos, ayudados por los libios y muchas tribus independientes del Asia menor, dió por resultado caer todos á la vez sobre el Egipto, aguijoneados por el afán de saquear los riquísimos tesoros acumulados durante el floreciente reinado de Sesostris el Grande.

»Vencido Ramsés en tremenda batalla, se retiró á Bulaq, y temeroso de que sus enemigos atacasen la ciudad y la saqueasen, decidió ocultar su tesoro en sitio seguro.

»Escogió unos cuantos prisioneros nubios y les ordenó abriesen un subterráneo en un punto próximo á la ciudad.

»Concluída la obra, que se efectuó con gran misterio y sigilo, mandó trasportar á la cripta todas sus riquezas y además un gran número de *ureus* ó serpientes sagradas, símbolo de la majestad real.

»Después los envenenó á todos para que guardasen el secreto.

»Poco después el ejército invasor saqueó la población. La redujo á cenizas y bajo sus escombros quedó sepultado el tesoro de los Sesostris.»

Esto decía un gran librote manuscrito en caracteres arábigos sobre pergamino, y que leía con mucho interés un viejo moro, en cuya fisonomía se reflejaba la codicia al recorrer los últimos renglones del escrito.

La escena pasaba en Bulaq, antes populosa ciudad, hoy pequeño barrio, próximo á la moderna Ismailia, en una casa de un solo piso, de paredes lisas, más ó menos blancas, sin ventanas, con sólo una puerta baja y estrecha. Unida á esta vivienda había otro edificio pintarrajeado con fajas alternadas rojas y blancas, flanqueado por dos alminares que dominaban un callejón fangoso, estrecho y sucio como conviene á toda población árabe, un gran huerto guardaba las espaldas de ambos edificios.

Allí habitaban el moro Ben-Abdalah, su hija única Fátima y la nodriza de ésta, vieja nubia, apergaminada y seca, añeja y arrugada, sustentadora de una cabeza muy semejante á una azofaifa.

El moro, aunque á primera vista no tuviera grandes atractivos, á pesar de esto, era imán de la mezquita próxima á la casa.

Sus compatriotas le profesaban gran respeto por su sabiduría. Era astrólogo, naturalista; pero su verdadera afición consistía en el estudio de las épocas antiguas de su país. Tenía una colección de libros y de objetos arqueológicos que no enseñaba á nadie, pero que se suponía de gran valor.

Sus gustos y costumbres eran más europeos que árabes. Enviudó de una mujer única y educó á su hija casi á la europea. La enseñó á leer y escribir el árabe antiguo y moderno, y le servía de khodja ó escribiente.

Era avaro y usurero, condición que casi completaba sus tendencias europeas lejos de contradecirlas.

Pasaba largas horas del día estudiando ó trabajando en una habitación, cuya llave no abandonaba jamás, y cuya entrada había prohibido terminantemente á su hija y á la nodriza.

Tenía de 78 á 80 años y representaba más de 100.

Hacía 18 años que adoraba á su hija.

Fátima, hermosísima mora con su poquito de judía por lo correcto de la nariz, la blancura de la tez y la intensa negrura de sus magníficos ojos, vegetaba entre aquellas dos ruinas vivientes, sin más conocimiento del mundo que el deducido de aquellos papelotes y pergaminos que su padre de vez en cuando le hacía copiar ó leer.

Era una fragante rosa que crecía y vivía entre dos berenjenas marchitas que la aprisionaban, aislándolala del resto de la creación.

Su único recreo consistía en bajar á la huerta y cuidar sus flores.

Un pariente cercano de Ben-Abdalah, cadí de una de las kabilas del Atlas, murió como suelen morir los cadíes.

Un día le encontraron cerca de un pozo, abierto el vientre, relleno de guijarros y cosido cuidadosamente después.

Tenía un hijo ya mozo. Este buscó á los asesinos. Destripó á los que pudo, y un pie tras otro, porque perdió el caballo en la refriega, vino á refugiarse en casa de su tío el imán.

Este le recibió muy mal: como que por todo viático traía una espingarda que, bien vendida en el rastro de por acá valdría hasta dos duros; un zurrón de piel donde entre dátiles y granos de arroz guardaba un puñado de ochavos morunos y una hermosa piel de leopardo que tuvo la suerte de matar en el camino, piel que se apresuró á regalar á su pariente.

Mucho dudó Abdalah en si debía ó no dar hospedaje á su sobrino, pero al fin suplió en él á la voz de la sangre la necesidad de un hombre que cuidara de la huerta.

Encargó de esta faena á Abd-el Djebar, y le alojó en el fondo del jardín en una especie de establo.

Abd el-Djebar era joven, buen mozo, fino de cuerpo, como lo son en general los árabes de buena raza. Tenía la elegancia, la elasticidad y la robustez de los felinos, sus paisanos.

Fátima, curiosa como todas las mujeres, buscó las vueltas á su padre y á la negra y bajó á la huerta con el objeto de conocer al nuevo huésped.

Claro que se flecharon.

Entre los dos no reunían 38 años. Él, buen mozo y gallardo, aunque con mala ropa.

Ella, hermosa y encerrada entre las cuatro paredes de su casa, como en un hipogeo.

Pocos días tardaron en decirse de viva voz lo que sus ojos no se cansaban de significar cada vez que se veían, que eran bien pocas por cierto.

Una tarde, mientras el viejo imán se desgañitaba en gritar á los cuatro vientos desde el minarete, moviendo los brazos como aspas de molino, que Allah-akbem, Allah-akbem (que Dios es grande), etc., y la nodriza rezuqueaba acurrucada en el rincón más oscuro de la casa, Abd-el-Djebar saltó la tapia que aislaba la parte de edificio habitada por Fátima, se acercó á su ventana y allí los dos conversaron de este modo:

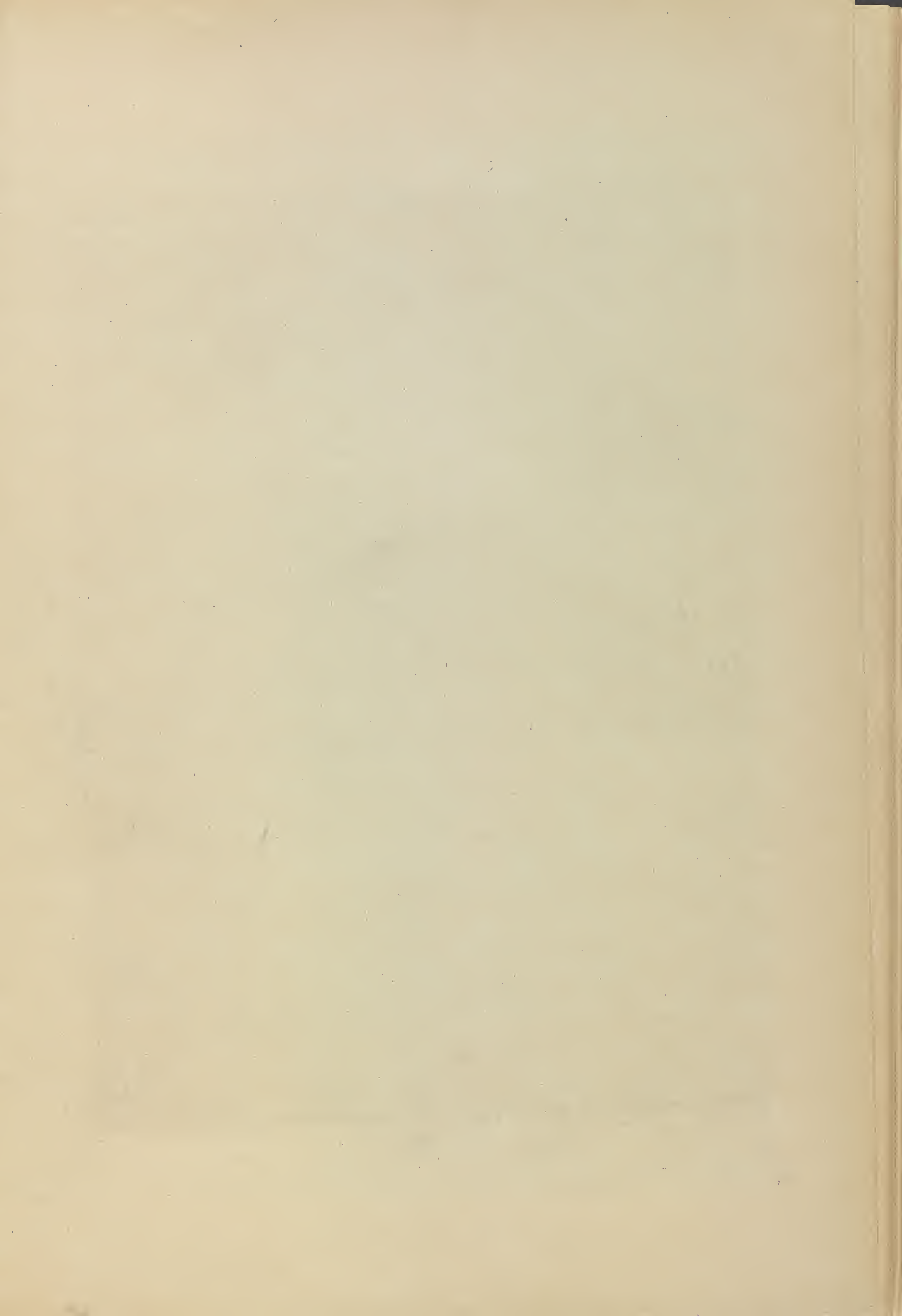
EL. – Por tu amor, Fátima, soy capaz de todo, hasta de reconciliarme con los asesinos de mi padre (cosa que le hubiera sido difícil, pues los había matado á casi todos). Pensaré en ti aun entre las mujeres de nuestro paraíso.

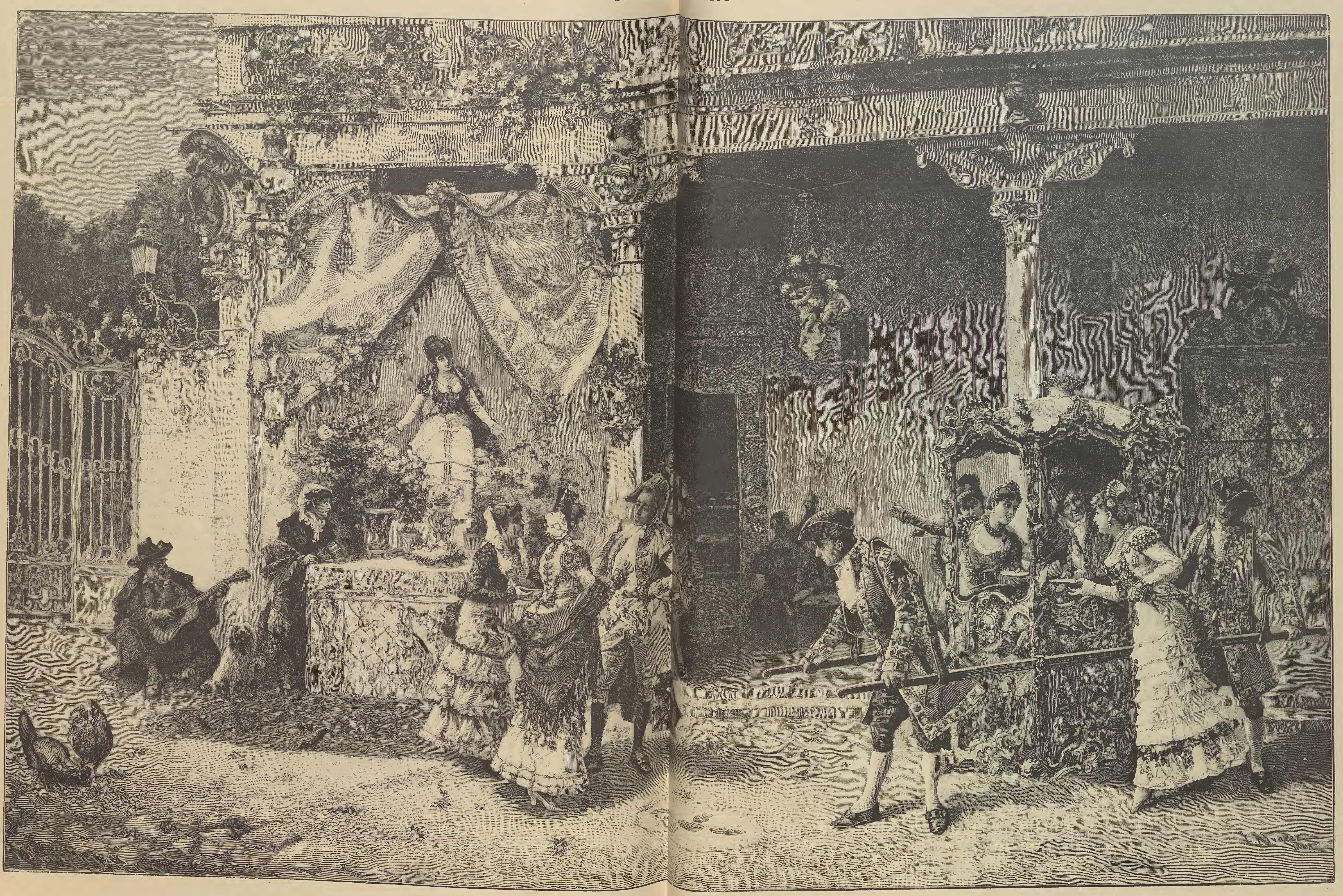
(1) Así llamado porque todas las mañanas se desayunaba con seis ostras. (Herodoto.)

SALÓN DE PARIS DE 1890



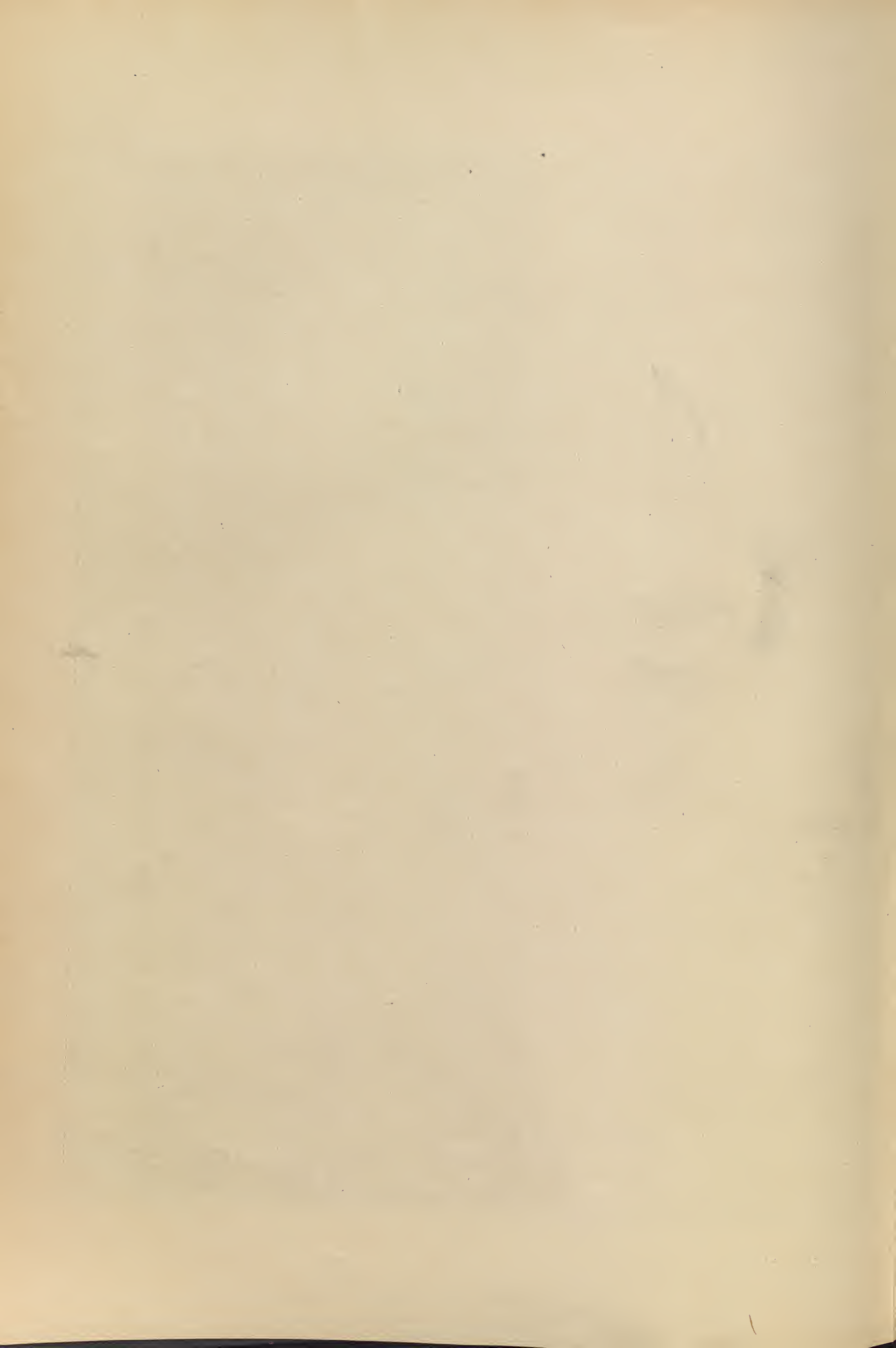
EL SUEÑO DE LA VIRGEN MARÍA, cuadro de A. Bramtot, grabado por Baude





LA FIESTA DE LAS FLORES

CUADRO DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, DE L. ALVAREZ





VISTA PANORÁMICA DE LA GRAN CANARIA. (De una fotografía)



ISLAS CANARIAS. – ALDEA DE SANTA BRÍGIDA

Ella. – Te creo. No dudo de la firmeza de tu amor.

Seré tu mujer, y la condición que te impongo es que seré tu mujer única, como lo fué mi madre de mi padre.

Tu sangre es noble; aunque sin fortuna hoy y perseguido, puedes recuperar un día tu rango y tu hacienda.

Mi padre es rico, avaro, es verdad, pero me idolatra y no te negará mi mano. Háblale hoy mismo, nuestras entrevistas no pueden continuar sin peligro de que se aperciba, y entonces dudará de nosotros y nos separará.

El. – Tú serás mi único amor, como fuiste el primero; lo juro por Allah; y si tu padre pone por obstáculo la pérdida de mi hacienda, volveré al Atlas y yo solo la conquistaré ó moriré como murió mi padre.

Ella. – Exijo de ti una obediencia ciega como la que las cristianas dicen que obtienen de sus maridos.

No debes dar un paso sin advertírmelo.

En la fachada de la casa que da al Oriente hay un tragaluz á la altura de un hombre; cuando necesites hablarme acércate á él y tira de una cuerdecita que encontrarás por la parte interior.

Nuestro enamorado habló aquella noche con el padre. El resultado de la conferencia fué que á las diez de la noche se encontró de patitas en la calle con su zurrón y su espingarda, cruzándole el cerebro, como saetas envenenadas, las palabras de pordiosero, ambicioso, traidor, etc., que le prodigó su señor tío por toda contestación á su demanda.

No creía hacer tan pronto uso del tragaluz.

Decir lo que lloraron y se desesperaron aquellas infelices criaturas es cosa imposible.

Abd-el-Djebar, con la dulzura de carácter propia de sus paisanos quería matar al padre, prender fuego á la casa, sacar de entre las llamas á su amada y achicharrar á la vieja en el incendio.

Fátima le hizo jurar otra vez que la obedecería en todo. Le ordenó la calma, que buscara trabajo para vivir y que esperase.

Pasaron algunos días. Abd-el-Djebar encontró colocación en un molino y todas las noches acudía presuroso á hablar con su amada por el tragaluz.

Una noche en lo más triste de sus lamentaciones acerca de su suerte, de repente Fátima, dándose una palmada en la frente, exclamó: – Aguarda un instante; y penetró en la habitación.

A poco volvió, y mostrándole un aro de sortija le dijo: – Mañana irás á casa Roboam, el judío, y le encargarás una copia exacta de este aro. En cuanto esté me lo traes y te diré lo que debes hacer con él.

A los ocho días estaba hecho el aro exactamente igual al modelo.

Procúrate una víbora pequeña y viva, dijo Fátima á su amado, pásale este aro por la cabeza de manera que se sujete en el cuello. Enciérrala después en una caja y entérate de los cuidados que le son precisos para que viva y crezca.

Si cumples mi encargo al pie de la letra, antes de un año estaremos unidos para siempre.

– Pero ¿estás segura que lo que dices pueda tener relación con nuestra felicidad?

No entiendo cómo podamos con esto vencer la resistencia de tu padre.

– Ni hace falta que lo entiendas: muy por el contrario, es preciso que lo ignores todo para el logro de nuestra empresa. Sólo te diré que tengas por seguro que conseguiremos nuestro objeto.

Al llegar Abd-el-Djebar á su alojamiento miró y remiró la sortija, vió que era de oro, que sobre el aro aparecía grabada una especie de procesión de mujeres y hombres, algunos con cabeza de pájaro, figuras parecidas á las que alguna vez había visto toscamente labradas en las piedras de algunas ruinas.

Encontró la víbora, y el mismo que se la vendió le dió instrucciones para su manutención.

Esta crecía tan de prisa, que á los seis meses el aro había desaparecido por completo, formando una estrangulación en el cuello, del que rebasaba una carnosidad deforme que, rodeando la cabeza del reptil, le convertía en un monstruo terrible y repugnante.

– He aquí mis órdenes, dijo Fátima á su amante: Con un alambre grueso golpearás la cabeza del animal en su unión con el cuello. Una vez muerto te presentarás á mi padre y le dirás lo siguiente:

«He conocido, en mejores tiempos para mí, su afición al estudio de los animales raros. Habiendo muerto éste y creyéndole curioso por su forma me ha ocurrido traérselo.»

Probablemente te preguntará, con vivísimo interés, dónde lo has hallado, y á eso contestarás con firmeza que no lo puedes decir.

El insistirá, y entonces le declararás que la única condición que te puede hacer hablar, es la de que autorice nuestra unión, y que después de verificada, le llevarás al sitio donde mataste la víbora.

No cedas ante sus promesas, ni te dejes vencer por nada de lo que diga ó haga; pues de lo contrario, somos perdidos y habremos de renunciar á nuestros sueños de felicidad.

El admirado moro rompió el silencio, diciendo: – Cada vez entiendo menos esta intriga, pero tengo confianza en ti y haré cuanto me ordenas.

Ben-Abdalah al ver entrar á su sobrino frunció el ceño, y ya levantaba el brazo y extendía un dedo para señalarle la salida, cuando éste, sin decir palabra, sacó del zurrón la víbora y la colocó delante del viejo.

El tío al ver este monstruo, después de contemplarle unos instantes, preguntó qué significaba aquello.

Punto por punto repitió el triste enamorado su lección; y como había previsto Fátima, el asombro del anciano no tuvo límites al descubrir bajo aquel pliegue de carne una sortija de oro.

De un tajo separó la cabeza del reptil y recogió el aro.

Mudo y tembloroso, descompuesto el semblante por la admiración, pasó á una pieza vecina y volvió con otro anillo igual y una lente de aumento.

Estudió durante un rato las dos sortijas, y volviéndose á su sobrino le preguntó dónde había encontrado aquella serpiente.

Contestó Abd-el-Djebar lo que había recomendado su amante.

El viejo rogó, casi con lágrimas en los ojos.

Trató de ablandarle, sin obtener respuesta del pobre moro, poco seguro de su papel, pero firme.

Este por fin se atrevió á imponer la condición que tanto anhelaba, casi seguro que volvería á repetirse la escena de su primera declaración.

Con gran admiración suya, el viejo no se alteró gran cosa. Trató éste de disuadirle, pero convencido de que nada alcanzaría, le dijo:

– En realidad, el obstáculo de la pobreza para tu casamiento no es tan grande que por él cause la infelicidad vuestra.

Yo soy rico. La mitad de mi fortuna es tuya; pero sólo consentiré esta boda si tú me abandonas toda tu fortuna y todo lo que puedas adquirir de aquí en adelante.

Inútil es decir que el sobrino aceptó con entusiasmo.

Se casó.

Fátima le explicó entonces todo aquel misterio.

– Mi padre, dijo, me enseñó á leer el árabe antiguo. Le servía de secretario, y aunque no más me daba á leer y traducir ciertos libros, de vez en cuando yo leía otros que me ocultaba.

Mi padre se rodeaba de cierto misterio.

A veces salía de casa llevándose herramientas de la huerta; volvía muchas horas después, cansado, lleno de tierra, y le acometían grandes tristezas.

Pasaba días enteros sin salir de una habitación, cuya entrada me estaba prohibida.

Me devoraba la curiosidad de saber qué se ocultaba tan severamente en aquel cuarto.

Un día olvidó mi padre la llave, que nunca abandonaba, y me apresuré á satisfacer mi deseo.

La llave no pudo abrir, y sin embargo, estaba segura de que era la misma que él usaba.

Escondida esperé que abriese esa puerta por ver si empleaba otra llave y vi que se acercó á la cerradura y con mucho cuidado tiró como de un hilo invisible, y después introdujo la llave y abrió. Al salir hizo también maniobras con el hilo, después de sacar la llave.

Estudié al día siguiente la cerradura y descubrí su mecanismo.

Una pequeña gota de cera pegada en un sitio oculto de la cerraja sujetaba un pelo, que venía á introducirse dentro del ojo de la cerradura: con mucho cuidado tiré de él y salió un perdigón grueso que aprisionaba la otra extremidad del pelo entre los dos lados de una ranura que le dividía en dos partes.

Se me presentó otra ocasión de disponer de la llave, y sacando el perdigón abrí como abría mi padre esa cerradura que el perdigón convertía en cerraja inviolable.

Aquel cuarto encerraba su tesoro. Allí amontonaba todas sus joyas. El oro y la plata abundaban en forma de jarrones, coronas, cadenas y chapas groseramente grabadas. En cajones superpuestos había inmensa cantidad de monedas de oro y plata. Entonces supe todo lo ricos que éramos.

Sobre una mesa había un inmenso libro de pergamino, estaba abierto, me acerqué á él y me enteré del secreto de mi padre.

Buscaba con afán el tesoro de Sesostris. Confirmaron esta idea los planos, notas, dibujos, etc., que cerca del libro estaban.

Sobre la mesa había varias alhajas egipcias y entre ellas el anillo que conoces. Fué de mi gusto y lo coloqué en mi dedo.

La noche que te lo entregué se me ocurrió todo un plan destinado á excitar la codicia de mi padre y arrancarle por este medio su consentimiento á nuestra unión, ¡Allah me perdone! y el plan se ha realizado.

Ahora es preciso que continuemos el engaño, aunque de veras me repugne. Es necesario que le señales en las ruinas próximas al pueblo un punto cualquiera en el que dirás viste la víbora. –

Abd-el-Djebar cumplió la palabra dada al anciano.

Le llevó á las ruinas, y cerca de un sendero le indicó un hueco entre unas rocas como el sitio de donde vió salir el áspid.

A instancias del viejo volvieron al lugar con azadones, y después de muchos días de trabajo, lograron descubrir una especie de alcantarilla muy baja.

Enardecido Abdalah con este descubrimiento, sin escuchar las observaciones de su yerno, se introdujo á gatas por aquel agujero y se perdió de vista.

Cansado de esperar el moro, entró en la cueva y á los pocos metros se paró, con gran fortuna suya, en el borde



ISLAS CANARIAS. – ALDEA DE ATALUYA HABITADA POR TROGLODITAS



ISLAS CANARIAS. – MUJERES DE ATALUYA FABRICANDO VASIJAS DE BARRO

de una sima por la que seguramente había desaparecido su desgraciado tío.

Desconsolado volvió á su casa y contó á la infeliz Fátima lo ocurrido.

Se registró minuciosamente y con insistencia aquella cueva, pero nunca se logró llegar al fondo de la sima.

Después que el tiempo hubo atenuado su dolor, la mora, aficionada á las lecturas que su padre la imponía, quiso enterarse de aquel librote, causa á la vez de su desgracia y de su felicidad.

Con gran asombro leyó hacia el final del libro un párrafo que decía, que aquel tesoro fué hallado por el Emín-al-Moumenin, el sultán de los almoravides, el príncipe de los creyentes, en el siglo XII.

Al desgraciado Ben-Abdalah le había sucedido lo que á muchos de nuestros sabios: había leído el libro á medias, y en vez de valerle una poltrona de académico con pingües rentas, le valió la muerte.

Una gran parte de los objetos preciosos que se habían encontrado, cuya lista estaba también al final del libro, los había ido adquiriendo el pobre Abdalah en los 60 años que dedicó á coleccionar preciosidades egipcias, y los heredó Abd-el-Djebar, y además el otro tesoro inapreciable para él, el amor de Fátima.

A veces son más ciegos los afortunados y los desgraciados que la fortuna misma.

CARLOS EDO.

EL CONTRASTE ESPONTÁNEO

Parece ley propia de todo lo vivo, y por consecuencia de lo psíquico y propiamente mental, determinar ó producir la múltiple serie de sus elementos componentes, según coordinación ó asociación sistemática. Así se observa, por ejemplo, que la diversidad de elementos constitutivos de un organismo vivo conspira ó tiende toda ella á un fin ó resultado común, de que son ejemplos bien claros el buen estado de salud ó el de la depresión de las fuerzas, y en lo mental, el concurso de todos los determinados pensamientos, que en un momento dado formamos, á una idea común ó concepto capital.

La finalidad intrínseca que se descubre en todo lo vivo, y la racionalidad característica de todo lo mental son resultantes efectivas de esta ley de coordenación sistemática, que es por sí misma norma de nuestra propia voluntad.

Como consecuencia de esta ley, cuando el proceso incesante de hechos, estados y fenómenos produce en nuestra propia existencia desórdenes parciales, especie de *disociación* de los elementos antes asociados, tales factores no flotan indefinida y arbitrariamente en el curso de la vida, sino que por su propia naturaleza tienden de nuevo á asociarse con otros elementos, los más próximos á los más homogéneos, para constituir nuevas coordenaciones, dentro de las cuales se traduzca, siempre lo más adecuadamente posible, la finalidad de lo vivo y la racionalidad de lo mental.

Así se explica que en medio del desorden exista un cierto principio de orden, por la tendencia ingénita en todo elemento vivo, aun disociado de sus congéneres, á coordenarse con otros. Es una especie de hábito inconsciente, en virtud del cual interrumpida la serie, rota la cadena, los términos de la serie y los eslabones de la cadena tienden por virtualidad en ellos implícita á coordenarse de nuevo con los términos que encuentran más próximos ó con los que hallan más preponderantes en aquel caso y momento. Semejante á la obra reparadora en lo orgánico mediante la cicatrización, tiende la perturbación de lo vivo ó de lo mental á reconstruirse en un nuevo aspecto.

Y en estas asociaciones rápidas, nuevas, en ocasiones imprevistas, surge el contraste como oposición relativa de los elementos preponderantes con los que de momento se coordenan. Así implica el contraste un desorden instantáneo y una recomposición definitiva.

En lo predominantemente literario y humorístico se observa, por ejemplo, casos prácticos de lo que indicamos con el contraste, con la ocurrencia y con el *calembour*. Cuanto más relieve adquiere y más puntos salientes revela el contraste, mayor gracia resulta de esta relativa oposición que, determinada dentro de límites racionales (los que vagamente señala la discreción), deja entrever con el placer estético que produce (y su consiguiente manifestación en la risa), la posible coordenación en sistemas más complejos de aquellos elementos en la apariencia opuestos.

De este modo, se reconoce base suficiente para distinguir en el contraste y aun en la gracia lo que se llama forzado y violento, de lo que es propiamente natural y espontáneo, fenómeno que todos observan en la vida usual, diferenciando con gran prontitud al que se esfuerza por ser gracioso (sin lograrlo en el mayor número de casos) del que lo es natural y espontáneamente. Igual procedimiento, indicado por especie de avisos de una conciencia sorda, pero en cierto modo infalible, se sigue al apreciar el contraste y la gracia que naturalmente se desprende de las cosas ú objetos de que se trata, y aquella otra pretendida y violenta dialéctica que las saca, como vulgarmente se dice, de quicio y al término del anhelado humorismo se da con una grosería, rayana en la indecencia.

Se encamina lo que dejamos indicado á mostrar que no debe solamente buscarse lo natural, huyendo de lo alambicado y de lo violento, en las grandes síntesis, es decir, en el drama, sino que también en las síntesis parciales, en los episodios se impone necesariamente lo natural, y cuanto más intentemos evitarlo, con más relieve y fuerza procurará tomar relieve por la ley misma del contraste.

Requiere, por tanto, la variedad, que sirve de acicate al contraste y que es condición obligada de toda obra bella, ser indagada y aun directamente contemplada (para expresarla más tarde de una manera plástica) en la realidad misma, en lo que existe y vive, y de ello y de su complexión educir después de modo reflexivo, si se quiere, pero con esta base de sustentación, el símbolo en que expresemos la impresión personal que sentimos y que en los demás queremos provocar.

Aunque conocido desde un principio el procedimiento usado por Gœthe en su preciosa novela *Las afinidades electivas*, procedimiento quizá exagerado por repeticiones incesantes, siempre resulta bello y natural, real y vivo, el símbolo con que expresa el contraste entre dos almas que se apasionan una de otra, comparado con la afinidad según la cual se atraen por leyes químicas átomos de cualidades diferentes. Fuerza es por tanto reconocer que si se quiere ser ameno, gracioso, sin declinar en lo chabacano, humorista, buscando el contraste, hay necesidad de que preceda á todas estas cualidades una condición previa, la de la espontaneidad, observando la realidad y la vida en su unidad y en su complexión, que en ambas aparece, bien estudiada, como un hermoso drama (con sus toques trágicos) uno y complejo en sí y en todos sus episodios.

U. GONZÁLEZ SERRANO

LAS PALMAS DE LA GRAN CANARIA

(Conclusión)

El aspecto de alegría y de seducción que allí se notaba era sorprendente; parecía una ciudad surgida de pronto y como por encanto del fondo del mar, alrededor de las dos altas y oscuras torres de la catedral, que venían á ser los únicos testimonios de todo lo antiguo que pudiera haber entre aquellos centenares de blancas y vistosas casas.

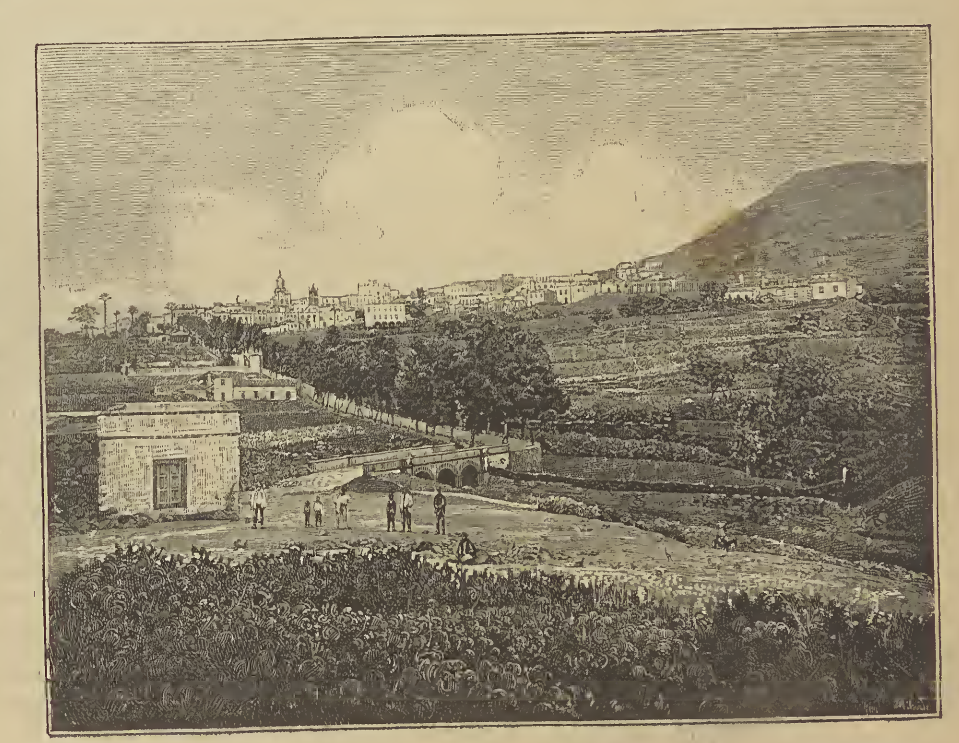
Pasamos al pie del castillo del Rey que domina á la ciudad, edificado en la costa en que se escalonan las últimas filas de sus viviendas más pobres, mitigando al aspecto severo de aquella roca con el ambiente de artística y al parecer bien hallada miseria que traspira de aquellas paredes blanquísimas y de los innumerables y abigarrados andrajos que por todas partes se ven sobre los oscuros peñascos que amenazan ruina y los escasos matorrales que entre ellos crecen como trabajosamente.

Llegados á las aguas de la Luz, á los pies de la Isleta, los médanos de amarillenta arena adosados, hacia el puerto, á la alta explanada litoral, parecían un río de arenas de oro que bajase por las pendientes desembocando en el mar; y el istmo de la isla majestuosa, que no me cansaba de contemplar, llevaba en la fresca atmósfera primaveral de aquella poética playa una como reminiscencia del vecino y abrasado desierto del Sahara. Solamente vimos anclados otro vapor y una goleta; mas un principio de muelle bien basado y un gran número de cubas de cemento situadas geométricamente en un anchuroso espacio, daban á conocer que de allí saldría un gran puerto. Muy pocas eran las casas que aquel año se divisaban desde alta mar; pero las cartas marinas mostraban cuán oportunamente se había elegido aquel punto para hacer de él el puerto de refugio del archipiélago y con cuánta previsión habían obrado los que empezaban ya á establecer grandes depósitos de carbón.

Desembarcamos al poco rato de fondear, mas ya fuese porque creíamos que en Las Palmas no había nada que ver ó ya porque me acosaba el deseo de explorar dondequiera que me encontraba, el capitan Rove y yo pasamos dos largas horas en el camino que va del puerto á la ciudad, él cogiendo lagartos entre las matas que forman la margen de los invasores médanos y yo pescando anfípodos y cangrejos en las charcas dejadas en la pedregosa orilla por la marea, con gran asombro del cochero que nos esperaba para llevarnos á la ciudad y que recelaba tener que conducirnos á un manicomio, y con gran impaciencia de otro compañero de viaje, el cual prestaba benévola atención á un grupo de mozalbetes que nos aseguraban que encontraríamos en la ciudad de Las Palmas un verdadero paraíso de Mahoma. Por último, subimos al carruaje, y en menos de veinte minutos llegamos á Las Palmas, pasando por el lindero de los médanos y luego por una larga calle de arrabal con casas blancas, pobres y uniformes á uno y otro lado, las cuales reflejaban los rayos del sol, y tenían un aspecto de desolación mucho mayor que los arenales aridísimos que dejábamos atrás. Al ruido producido por el carruaje, asomaban á las ventanas abiertas junto á las puertas risueños rostros de mujeres, ó bien salían á nuestro encuentro enjambres de chiquillos medio en cueros, que nos pedían *chelines*, palabra de que se valen para pedir dinero á los ingleses.

He visitado otras veces la Gran Canaria; pero desde entonces me he apresurado todo lo posible á llegar á la ciudad, á la graciosa y bonita Las Palmas; después me quedaba tiempo para pensar en los anfípodos y en los cangrejos; pero al menos no llegaban á mi oído las importunas demandas de aquellos ganapanes, ó por lo menos nadie me pedía porque ya debían conocerme.

¡Qué diferencia entre el aspecto soñoliento que presentaba aquel año la playa de la Luz y el que tenía el verano



ISLAS CANARIAS.—ALDEA DE ARUCAS

pasado cuando para atracar tuvo mi goleta que maniobrar hábilmente entre diez y ocho grandes vapores que estaban anclados embarcando ó desembarcando carbón, y una infinidad de embarcaciones menores que surcaban las aguas en todas direcciones! ¡Y qué diferencia entre el escaso movimiento que tiempo atrás había de carruajes, carros y gente en el camino que va del puerto á la ciudad, y el tráfico continuo que hoy se nota, creando un nuevo y populoso barrio en la Luz, sosteniendo un tranvía en construcción y poblando de casas, quintas y posadas aquel mismo camino!

En aquella playa, á la que arribaron las atrevidas carabelas de Colón, casi no se conocía en 1885 nuestra bandera tricolor; hoy ondea con frecuencia en el tope de nuestros grandes vapores transatlánticos, y cuando allí arribé por última vez, tuve la gran satisfacción de saludar y ser saludado por nuestra hermosa bandera, al encontrarme en alta mar con el grandioso vapor *Duquesa de Génova*.

¡Extrañas alternativas de la vida! Al partir para el Congo, abandoné los tranquilos estudios del laboratorio por las aventureras investigaciones de las expediciones lejanas; pero si dejé de ver en el campo del microscopio los diminutos animales marinos, siguiendo las evoluciones maravillosas de aquellos huevecillos transparentes, he podido presenciar, con cariño de ciudadano, ya que no con entusiasmo científico, el rapidísimo incremento del puerto de la Luz, del cual dije en un principio que en breve sería la principal escala del Atlántico, como ya lo ha llegado á ser, y que sería testigo del comienzo de una nueva era de prosperidad para aquel país encantador y hospitalario.

Enrico Stassano

LOS AUTÓMATAS DE MR. JORGE BERTRAND QUE ACTUALMENTE FUNCIONAN EN EL TEATRO ALCAZAR DE PARÍS



Fig. 1. – El encuentro (escena primera)



Fig. 2. – El encuentro (escena segunda)



Fig. 3. – Bailarina automática (Fotografía instantánea)



Fig. 4. – Vistiendo á una bailarina (Fotografía instantánea)

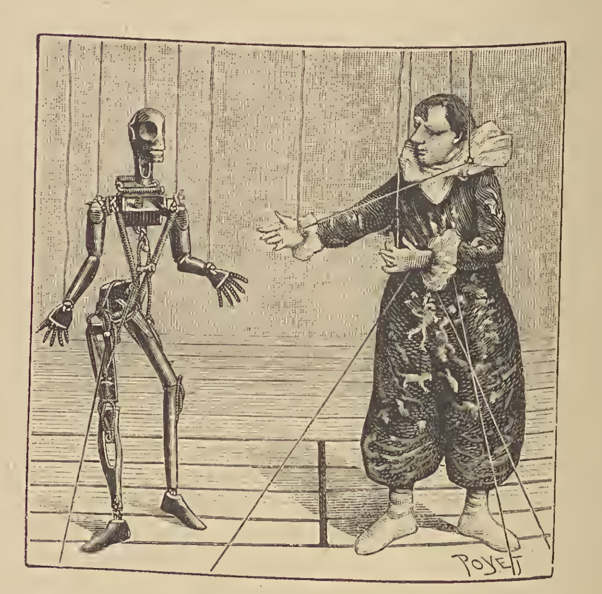


Fig. 5. – El clown Tom Minor y su esqueleto

LOS AUTÓMATAS DE Mr. J. BERTRAND

La construcción de autómatas ha excitado en todos tiempos el interés y la curiosidad. Aunque muy confusos, encontramos sobre este particular algunos datos en autores antiguos; mereciendo citarse la paloma de madera del mecánico griego Archytas de que habla Aulo Gelio. Posteriormente Kircher, Porta, Scott y Salomón de Cans en sus notables obras describen unos autómatas que bebían y tocaban diversos instrumentos; célebres son también las piezas mecánicas de Vaucanson, una de las cuales puede verse todavía en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

Uno de los pintores franceses más distinguidos, Monsieur Jorge Bertrand, hace funcionar actualmente en el *Alcázar* de París unos títeres, ó mejor dicho, autómatas de su invención, á los que con razón ha dado el nombre de *maquettes* animados, pues realmente producen el efecto de figuras dotadas de vida.

En la imposibilidad de reproducir todos los *artistas* de esa compañía, damos á nuestros lectores las reproducciones de algunos de ellos, tomadas de fotografías instantáneas.

Empecemos por las escenas de *El encuentro*, uno de los mejores números del espectáculo (figs. 1 y 2). ¿Quién negará que las dos escenas son dos cuadros deliciosos? Cuando los personajes aparecen, andan y se acercan uno á otro, la ilusión es completa: los autómatas no parecen muñecos que funcionan mecánicamente, sino verdaderos actores que representan.

El héroe de la representación de Mr. Bertrand es un pequeño violoncelista que saluda, da colofonia al arco y toca la marcha de Rakoscy con maravillosa maestría: nada se echa de menos en él: el movimiento del brazo que mueve el arco y el de la mano que recorre las cuerdas son de un efecto prodigioso; la gravedad con que saluda cuando le aplauden, el modo cómo su pecho se ensancha al recibir las ovaciones y el aire de satisfacción con que prosigue su concierto son la expresión exacta del orgullo que siente todo el que ve su talento recompensado.

No menos sorprendentes son las bailarinas: la actitud de la reproducida en la fig. 3 no puede ser más natural.

Ya se supondrá que no habíamos de contentarnos con ver la representación de los autómatas animados: somos demasiado aficionados á las curiosidades de la física y de la mecánica para poder resistir al deseo de conocer los procedimientos de que se vale Mr. Bertrand. Así es que suplicamos á éste que desmontara una de sus figuras para ver *qué había dentro*. Mr. Bertrand con singular amabilidad, accedió á nuestra pretensión y nos abrió los bastidores de su teatro en miniatura, pudiendo con este motivo sorprender á una de las primeras bailarinas en el momento en que se estaba reparando el desorden de su traje (fig. 4).

Esos autómatas, de unos 80 centímetros de alto, están suspendidos de la parte superior del escenario por medio de delgados alambres fijados en un resorte de cautchú; de suerte que abandonado á sí mismo, el muñeco queda colgado á un metro sobre el nivel del suelo. Para retenerlo en éste llevan unos hilos atados á los pies, que maneja un operador colocado debajo del escenario y que permiten, según se tiren ó aflojen, que el autómata ande, salte y baile. Otros hilos fijos en las manos y movidos desde los bastidores dan movimiento á los brazos.

Pero el secreto de la verdad del aspecto y de los movimientos de los autómatas está en el cuidado con que han sido estudiados y construídos. Mr. Bertrand ha observado atentamente las actitudes de los seres animados y, además, conoce á fondo la anatomía humana: gracias á esto ha podido crear sus admirables autómatas merced á una notable síntesis. Cada muñeco se compone de un esqueleto hábilmente esculpido (fig. 5), en el que los huesos fundamentales del cuerpo humano aparecen reproducidos en madera y las articulaciones imitadas con resortes de acero; de aquí que cuando se hace bailar en la escena este esqueleto de madera, su actitud es la de una persona animada y todas sus articulaciones funcionan por sí solas con flexibilidad perfecta.

Cubierto de estopa y convenientemente vestido, el esqueleto reviste exteriormente la forma humana, y cualquiera que lo mueva puede comprobar la exactitud de los movimientos de todos sus miembros. Este resultado se debe á la hábil construcción del esqueleto.

Al lado del armazón de madera (fig. 5) hemos representado al clown *Tom Minor* que, al levantarse el telón, recita las estrofas del Prólogo.

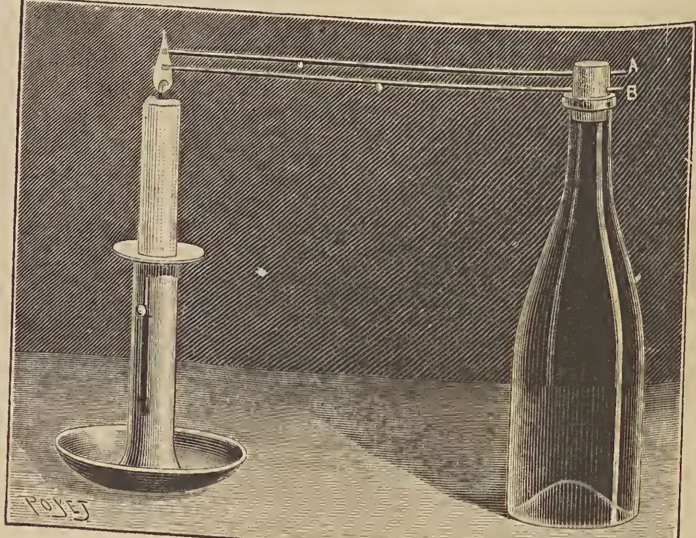
Digamos para terminar, que si los autómatas de Mr. Jorge Bertrand deleitan á los espectadores, es porque ha sabido poner en su obra el sentimiento del arte y de la ciencia, sin el cual en ningún género puede producirse nada que merezca el dictado de notable.

Gastón Tissandier

(De *La Nature*.)

FÍSICA SIN APARATOS

Experimento sencillo sobre la conductibilidad de los metales. – Con facilidad suma puede demostrarse la conductibilidad de los metales. Tómese para ello un alambre de hierro ó una aguja de hacer calceta y un trozo de hilo de cobre de igual longitud y poco más ó menos del mismo grueso, y caliéntense en la llama de una bujía pasándolos por la superficie de ésta, y dejándolos enfriar en posición vertical, de modo que queden cubiertos de una ligera capa de ácido esteárico solidificado. Colocados entonces horizontalmente en un tapón de corcho sostenido por una botella, como lo indica el grabado, pónganse á calentar los extremos libres: á medida que el calor se propaga, el ácido esteárico se derrite y forma una pequeña gota que corre á lo largo de los dos hilos ó alambres. Con este experimento se verá que la gotita corre más de prisa en el alambre de cobre que en el de hierro, lo cual prueba que aquél conduce el calórico mejor que éste.



Experimento sobre la conductibilidad de los metales

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón